VUELOS ADOLESCENTES

Contactar con la autora

Volver a la página principal

Capítulo 3

Por otro lado, la llegada de Ivana dio nuevos aires al grupo musical del Instituto en los ensayos que hacíamos durante las actividades extraescolares. Ella tocaba la guitarra, aunque lo hacía más bien para componer canciones. Lo suyo era cantar, cantar y componer, tal vez como una manera de exteriorizar sus tormentos interiores, como una forma de terapia que le permitía sacar los demonios internos.

Resulta difícil imaginar una chica de dieciséis años cantando con una voz tan desgarrada, tragándose el micrófono, adornándose con aullidos y suspirando de vez en cuando como si estuviese en pleno trance. Ivana no interpretaba sus piezas, las vivía, eran la íntima expresión de un alma atribulada que estaba pidiendo auxilio desesperadamente. También incorporaba a sus interpretaciones la armónica, sobre todo en algunos blues. Cuando Ivana se explayó mostrándonos todo su potencial por vez primera en uno de los ensayos, la maestra nos pasó intencionadamente vídeos de Janis Joplin. Quedamos impactados con la similitud de ambos estilos. Ivana, que ni siquiera había oído hablar de esta mítica cantante norteamericana de los 60, encontró a partir de entonces en la Joplin el espejo donde mirarse. Desde aquella tarde empezamos a introducirnos en el mundo musical de esos años prodigiosos. Ivana parecía haber emergido de aquellos mismos ambientes y eso orientó nuestros gustos hacia el blues, el jazz y el rock. Así fue como empezamos a buscar la pureza, las raíces, los orígenes. Éramos jóvenes e idealistas, no sólo adolescentes.

De ese modo, surgió entre algunos de nosotros la idea de crear un grupo independiente del Instituto que girara alrededor de Ivana como cantante y compositora. Yo me incorporé a los teclados, Maxy a la guitarra solista, Luis al bajo y a la percusión Willy, con lo cual nos vimos obligados a ensayar en los bajos de la casa de este último. A veces nos acompañaba Marta Echegaray, nuestra profesora de Música, y en otras ocasiones vino Juan Arroyo, mi profesor de piano, que me introdujo en los acordes del rock y del blues, así como en la manera de incorporar cierto grado de improvisación a lo largo de las escalas más clásicas.

Dedicamos las tardes de los jueves a los ensayos. Pasadas unas cuantas semanas, nos vimos con repertorio y seguridad suficientes para poder iniciar nuestras actuaciones en un pub de ambiente juvenil llamado *Chrysalis*. A los

promotores del local les estaba dando muy buenos resultados apoyar a los grupos de la zona en los inicios de sus carreras. Además, como los instrumentos los aportaban ellos, no teníamos que desplazar los nuestros, salvo el juego de armónicas de Ivana, lo cual nos facilitó en gran manera acceder a un público muy afín a nuestra edad.

A estas alturas de curso, Ivana, el alma de nuestro conjunto musical, no sólo era ya una más dentro de la clase, sino que se había convertido también en la líder del aula. Sentada en una mesa al lado de la mía, empezó a enviarme unas miraditas comprometedoras que al principio no supe interpretar. Siempre con su expresión agridulce llena de misterio, su trasfondo de angustia en medio de la risa, y los ojos, unos ojos que no podían disimular la tristeza en los momentos más alegres, inquietantes. Cuando menos lo podía esperar, en medio de las explicaciones de los profesores, se me quedaba mirando fijamente. O, sin venir a cuento, hacía muecas como si me enviase besitos. No le di más importancia, porque la niña, rarita, lo era un rato. Hasta que un día vino a los ensayos con la siguiente letra, a la que enseguida dimos forma musical a ritmo de blues lento, muy blues, muy sentido e intenso:

Deja que envenene tu cuerpo, con el mío.
Deja que muera dentro de ti,
aunque sólo sea un momento.
Déjame huir del mundo
para echarme en tus abismos,
y vivir, un instante fugaz,
el sueño de mis deseos.

Déjame, amiga, sumergirme en tus adentros.
Déjame escapar de esta cárcel de hielo,
y volar, y volar, entre tus recovecos.
Sácame de aquí, compañera,
y quiebra, quiebra mi tormento.

Apriétame, estrújame, muérdeme,
devórame, azótame, cógeme.
Llévame hasta el delirio,
haz agonizar mis sentidos.

Socava mis entrañas, aplasta mis pechos,
haz lo que quieras, date el capricho,
penetra hasta el fondo, déjame exhausta.
Llévame contigo hasta el Infierno.

No resultó fácil encajarla dentro de un compás de 3x4, pero, sobre los tres acordes mayores básicos del blues, Ivana se las arregló y logró la mejor interpretación que le habíamos visto y oído hasta entonces. Si la letra era explícita y muy subida de tono (eso nos pareció al resto del grupo), la carga emocional que ella le dio estuvo a la altura desde la primera prueba. ¿A quién podría ir dedicada?, me pregunté. Porque era letra de una mujer dedicada a otra mujer, y a mí no se me escapó que en el español de Bolivia utilizado habitualmente por Ivana "cógeme" significa "fóllame", por si las cosas no estaban suficientemente claras. Pero, en fin, éramos jóvenes y ya nos llegaba la edad de la transgresión, de probar hasta dónde alcanzaban nuestros límites personales.

Tampoco durante el estreno del viernes por la noche en el *Chrysalis*, ante el público, se desveló el misterio, si es que realmente lo había, de para quién la había compuesto.

-Buenas noches. Gracias por estar una vez más con nosotros -nos presentó Maxy, el guitarra solista-. Vamos a empezar con una canción de Ivana Marcos, nuestra cantante, que lleva por título *Déjame, cógeme, llévame.* Estreno mundial para todos vosotros.

En esta ocasión Ivana se comió el micrófono, contorsionándose varias veces sobre su soporte para provocar a los asistentes. Estuvo más sensual e intensa de lo habitual, que ya lo era bastante. Se la veía guapísima enfundada en su traje de piel de melocotón azul marino, la melena desplegada, los labios cargados de carmín subido, gesticulando y forzando la voz, a punto de romperse sobre el escenario. Y siempre con aquella mirada, desafiante y angustiada a la vez. Algunas veces me recordaba la de una fiera a punto de verse acorralada, crispada, pero segura de las posibilidades de sus defensas.

Los músicos tuvimos que estar especialmente atentos a ella para no desentonar en el ritmo y en el compás. Nos resultó especialmente difícil seguirla, porque Ivana se embebió literalmente en el tema llevándonos al borde la improvisación, algo para lo que no estábamos preparados todavía.

Causó sensación, levantó admiraciones. Fue una verdadera sorpresa poder seguir esa interpretación en una persona tan joven, que se atrevía a dar forma a sus propias creaciones adolescentes. Nadie podía imaginar entonces que, en realidad, Ivana no interpretaba, ella dejaba aflorar espontáneamente sus pasiones y tormentos interiores adornándolos de sentimiento alrededor de una atmósfera cargada de jovencísima sensualidad. Toda una *blueswoman* de dieciséis años.

Contactar con la autora

Volver a la página principal